

1. La historia de los Congresos Eucarísticos

Hacia la mitad del siglo XIX se asiste en los países europeos, especialmente en Francia, a un extraordinario florecimiento de obras orientadas a promover el culto a la Eucaristía. Esta renovación de la piedad eucarística -como reacción al rigorismo jansenista y a los cambios sociales provocados por la caída del *ancien régime* y por la revolución industrial- acentuaba el culto de adoración y de reparación a Jesucristo, Dios escondido bajo los velos del Sacramento, “*ultrajado por los impíos, ignorado por los poderes públicos deseosos de laicizar a sociedad*”.

Es en este marco en el que, poco después de 1870, nace la Obra de los Congresos Eucarísticos. Se debe a la iniciativa de una mujer, Émilie Tamisier (1834-1910), discípula de san Pierre Julien Eymard (1811-1868) y del beato Antoine Chevrier (1826-1879), sostenida y animada por mons. Gaston de Ségur (1820-1880), uno de los apóstoles de la devoción eucarística en Francia.

Se trataba de unir al culto del Santísimo Sacramento ya ampliamente extendido, algunas manifestaciones que sensibilizaran a las masas respecto a la “presencia eucarística” y ofreciesen también a los católicos, la conciencia del propio número y la consecuente fuerza.

Se comenzó organizando peregrinaciones a santuarios que conservaban la memoria de los milagros eucarísticos del pasado. Pero E. Tamisier soñaba con añadir a estas manifestaciones masivas sesiones de estudio para que fueran auténticos Congresos que llegaran a alcanzar dimensión internacional.

Sin embargo, tales proyectos aparecían como difícilmente realizables por las tensas relaciones entre la Iglesia y los poderes públicos galos. Además, el laicado católico no era tenido en cuenta y las congregaciones religiosas vivían centradas en la preocupación por la propia supervivencia. En este contexto, se movilizaron las regiones del norte de Francia donde florecían las obras eucarísticas. En una carta circular del 25 de abril de 1881, Mons. De Segur invitaba a los católicos de todo el mundo al Congreso Eucarístico que se iba a tener en Lille en el mes de Junio siguiente. La participación superó las expectativas. Además de franceses y belgas, llegaron representantes de ocho países extranjeros. Los promotores decidieron crear un Comité para dar carácter permanente al movimiento y planearon el cuadro de los futuros Congresos a realizarse mediante conferencias, informes, actividades de culto y la procesión de clausura.

Al año siguiente el segundo Congreso se celebró en Avignon, todavía en Francia, gracias al apoyo de la hermandad de Penitentes grises. En 1883 Mons. Doutreloux, arzobispo de Lieja acogió a los congresistas y en la ciudad belga se pudo organizar la procesión solemne que según los organizadores debía convertirse en el modo de dar visibilidad social al culto a la Eucaristía, y reafirmar la fe de los católicos en el misterio de la Presencia real.

El cuarto Congreso se organizó en Friburgo (Suiza) en 1885, bajo la presidencia de Mons. Mermillod, presidente ya del Comité permanente. Nuevamente se regresó a Francia: Toulouse (1886) y Paris (1888); para saltar después a Bélgica (Amberes, 1890).

Por invitación del Papa León XIII, que consideraba la Eucaristía como el Sacramento restaurador de la unidad católica aun en la diversidad de ritos, el octavo Congreso eucarístico se desarrolló en 1893 en Jerusalén. Considerada la importancia del acontecimiento para su política unionista, León XIII envió al Cardenal Langénieux como Legado suyo. El nombramiento de un Legado pontificio para presidir los Congresos se convirtió en práctica habitual con los congresos de Bruselas (1898), Lourdes (1899) y Namur (1902).

La elección de Pío X, el “papa de la Eucaristía”, abre una nueva etapa en la historia de los Congresos eucarísticos. Mientras van reuniendo un número cada vez más impresionante de fieles y afirmando su carácter internacional, el movimiento eucarístico que se reconoce en los Congresos se vincula cada vez más estrechamente con el naciente movimiento litúrgico. Será precisamente este entrelazamiento entre movimiento eucarístico y movimiento litúrgico el que rescate la relación esencial entre Iglesia y Eucaristía, recuperando el ideal de la “participación activa” -auspiciado por el *Motu proprio* de san Pío X “*Tra le sollecitudini*” (1903)- como un auténtico principio eclesiológico. Y serán también los Congresos eucarísticos los que pongan en evidencia y apoyen los contenidos de los documentos pontificios sobre la comunión frecuente o la edad de la primera comunión de los niños.

Dado que casi todos los primeros quince Congresos se habían desarrollado en países francófonos, Pío X decidió que el de 1905 tuviese lugar en Roma, bajo su presidencia. Tras el intermedio de Tornai en 1906, él fijó después como lugares de celebración tres ciudades situadas en países de mayoría protestante: Metz, entonces alemana (1907), Londres (1908) y Colonia (1909).

En 1910, por primera vez, el Congreso atravesó el océano y se celebró en Montreal (Canadá), país católico en el que las autoridades políticas y sociales participaron activamente en su celebración. Mientras crecía la importancia de las delegaciones, con los Congresos de Madrid (1911) y sobre todo Viena (1912), a la opinión pública impresionaron las grandiosas ceremonias y especialmente la procesión eucarística con centenares de miles de participantes.

Tras la interrupción debida a la primera guerra mundial, la tradición se reemprendió con el Congreso de Roma, en 1922, ya en el pontificado de Pío XI. A partir de aquí, en el espacio entre las dos grandes guerras, los Congresos se sucedieron cada dos años, abandonando la reivindicación contra los estados “laicos” a favor de un testimonio positivo de fe en el misterio cristiano.

Tras la Segunda Guerra, como fruto de la vinculación entre movimiento eucarístico y movimiento litúrgico, la celebración de la Misa fue asumiendo progresivamente la centralidad de todas las manifestaciones, Esta nueva estación congresual llegó a su madurez en el Congreso de Munich (1960) en el que, gracias al Cardenal Doepfner y a un grupo de teólogos, todas las manifestaciones del culto eucarístico hallan su verdadero sentido en relación con la celebración eucarística.

El Padre J. A. Jungmann, sugirió considerar el Congreso Eucarístico, que culmina con la Misa celebrada por el Legado Papal, como una “*statio orbis*”, “*una pausa de compromiso y oración a la que una comunidad invita a la Iglesia universal*”, retomando el antiguo uso romano de la “*statio urbis*”. Los Congresos Eucarísticos se integraron así en la renovación litúrgica, teológica y espiritual promovida por el Concilio Vaticano II. Su nueva fisonomía se establece en el Ritual



HISTORIA

romano *De sacra communione et de cultu mysterii eucharistici extra Missam* de 1973 (nn. 109-111).

En la época postconciliar, desde Bombay (1964) a Bogotá (1968), de Melbourne (1972) a Filadelfia (1976), hasta Lourdes (1981), los Congresos Eucarísticos se abren progresivamente al mundo, a sus gozos y a sus angustias, a sus esperanzas y a sus necesidades, ofreciendo una contribución para un mundo más humano y más justo a partir de la Eucaristía.

Los valores universales de la familia, de la paz y de la libertad junto con la necesidad de la nueva evangelización están en el centro de los Congresos Eucarísticos que desde Nairobi (1985) recorren el mundo hasta Cebú (Filipinas, 2016) pasando por el ejemplar Congreso de Seúl (Corea, 1989), el de Sevilla (España, 1993), el de Wroclaw (Polonia, 1997), el de Roma (Año Santo 2000), el de Guadalajara (México, 2004), el de Quebec (Canadá, 2008) y el de Dublín (Irlanda, 20012).

Desde su nacimiento el Comité para los Congresos Eucarísticos Internacionales trabajó activamente para la organización de Comités nacionales que promovieran las Obras Eucarísticas y la celebración de Congresos eucarísticos nacionales en cada país, *«reavivando el celo por el culto al Santísimo Sacramento, facilitando de forma práctica el establecimiento de obras eucarísticas y asegurando así los frutos de los Congresos Eucarísticos»*.

Un primer Congreso eucarístico nacional se celebró en Quito (Ecuador) en 1886. Siguieron Italia en 1891 (Nápoles), España en 1893, Uruguay en 1894, Argentina y Venezuela en 1916, México y Portugal en 1924, Bolivia en 1925, Polonia en 1930, Brasil en 1933, Lituania en 1934, Perú en 1935, etc. Hasta 2018 se han celebrado en el mundo 51 Congresos Eucarísticos internacionales y más de 250 Congresos nacionales. La lista de todos ellos se encuentra en: <http://www.congressieucaristici.va/content/congressieucaristici/it/congressi-nazionali.html>

2. Los Congresos Eucarísticos en los documentos del magisterio

Instrucción EUCHARISTICUM MYSTERIUM (25 Mayo 1967)

67. En los Congresos eucarísticos, procuren los cristianos penetrar más profundamente en este santo misterio, teniendo en cuenta sus diversos aspectos. Celébralo según las normas del Concilio Vaticano II y lo veneren con la oración prolongada en privado y con piadosos ejercicios, sobre todo en una procesión más solemne, de manera que todas las formas de piedad encuentren como su culmen en la celebración solemne de la misa. Durante la celebración del Congreso de toda una región conviene que se reserve alguna iglesia a la adoración continua.

Ritual DE SACRA COMMUNIONE ET DE CULTU MYSTERII EUCHARISTICI EXTRA MISSAM (21 Junio 1973)

109. Los Congresos eucarísticos, que en los tiempos modernos se han introducido en la vida de la Iglesia como peculiar manifestación del culto eucarístico, se han de mirar como una *statio*, a la cual alguna comunidad invita a toda la Iglesia local, o una Iglesia local invita a otras Iglesias de la región o de la nación, o aun de todo el mundo, para que todos juntos reconozcan más plenamente el misterio de la Eucaristía bajo algún aspecto particular y lo veneren públicamente con el vínculo de la caridad y de la unión. Conviene que tales Congresos sean verdadero signo de fe y caridad por la plena participación de la Iglesia local y por la significativa aportación de las otras Iglesias.

110. Háganse los oportunos estudios, ya en la Iglesia local ya en las otras Iglesias, sobre el lugar, temario y el programa de actos del Congreso que se vaya a celebrar, para que se consideren las verdaderas necesidades y se favorezca el progreso de los estudios teológicos y el bien de la Iglesia local. Para este trabajo de investigación búsquese el asesoramiento de los teólogos, escrituristas, liturgistas y pastoralistas, sin olvidar a los versados en las ciencias humanas.

111. Para preparar un Congreso se ha de hacer sobre todo:

- a) Una catequesis más profunda y acomodada a la cultura de los diversos grupos humanos acerca de la Eucaristía, principalmente en cuanto constituye el misterio de Cristo viviente y operante en la Iglesia.
- b) Una participación más activa en la sagrada liturgia, que fomente al mismo tiempo la escucha religiosa de la palabra de Dios y el sentido fraterno de la comunidad.
- c) Una investigación de las ayudas y la puesta en marcha de obras sociales para la promoción humana y para la comunicación cristiana de bienes incluso temporales, a ejemplo de la primitiva comunidad cristiana (Hch 4,32), para que el fermento evangélico se difunda desde la mesa eucarística por todo el orbe como fuerza de edificación de la sociedad actual y prenda de la futura (SC 47).

112. Los Criterios para organizar la celebración de un Congreso eucarístico (EM 67):

- a) La celebración de la Eucaristía sea verdaderamente el Centro y la culminación a la que se dirijan todos los actos y los diversos ejercicios de piedad.
- b) Las celebraciones de la palabra de Dios, las sesiones catequéticas y otras reuniones públicas tiendan sobre todo a que el tema propuesto se investigue con mayor profundidad, y se propongan con mayor claridad los aspectos prácticos a fin de llevarlos a efecto.
- c) Concédase la oportunidad de tener ya las oraciones comunes, ya la adoración prolongada, ante el Santísimo Sacramento expuesto, en determinadas iglesias que se juzguen más a propósito para este ejercicio de piedad.
- d) En cuanto a organizar una procesión, en que se traslade al Santísimo Sacramento con himnos y preces públicas por las calles de la ciudad, guárdense las normas para las procesiones eucarísticas, mirando a las condiciones sociales y religiosas del lugar (cf. núms. 101- 104).

Carta Apostólica DOMINICÆ CENÆ (24 Febrero 1980)

3. La adoración a Cristo en este sacramento de amor debe encontrar expresión en diversas formas de devoción eucarística: plegarias personales ante el Santísimo, horas de adoración, exposiciones breves, prolongadas, anuales (las cuarenta horas), bendiciones eucarísticas, procesiones eucarísticas, Congresos eucarísticos.

Exhortación apostólica SACRAMENTUM CARITATIS (22 Febrero 2007)

68. La relación personal que cada fiel establece con Jesús, presente en la Eucaristía, lo pone siempre en contacto con toda la comunión eclesial, haciendo que tome conciencia de su pertenencia al Cuerpo de Cristo. Por eso, además de invitar a los fieles a encontrar personalmente tiempo para estar en oración ante el Sacramento del altar, pido a las parroquias y a otros grupos eclesiales que promuevan momentos de adoración comunitaria. Obviamente, conservan todo su valor las formas de devoción eucarística ya existentes. Pienso, por ejemplo, en las procesiones eucarísticas, sobre todo la procesión tradicional en la solemnidad del Corpus Christi, en la práctica piadosa de las Cuarenta Horas, en los Congresos eucarísticos locales, nacionales e internacionales, y en otras iniciativas análogas. Estas formas de devoción, debidamente actualizadas y adaptadas a las diversas circunstancias, merecen ser cultivadas también hoy.

DIRECTORIO SOBRE LA PIEDAD POPULAR Y LA LITURGIA (Diciembre 2001)

Ver los números 160-165 sobre la solemnidad del Cuerpo y la Sangre del Señor y la adoración eucarística.